

CRISTO Y EL MISTERIO DEL TIEMPO Y DE LA HISTORIA SEGUN SAN AGUSTIN

San Agustín nos ha dado una interpretación trágica del tiempo, que es el tiempo del hombre pecador, el cual por el pecado quedó fragmentado, hecho pedazos en su estructura ontológica, como un vaso precioso al caerse de las manos del artista. No hay que perder de vista que la primera filosofía de la historia, la que nos ofrece san Agustín, coincide con uno de los momentos más catastróficos de la Historia universal: el derrumbamiento del mundo antiguo y la caída de Roma. Esa circunstancia histórica podría explicar, al menos en parte, la concepción agustiniana del tiempo y de los sucesos que en él intervienen.

El hombre, desgarrado y fragmentado, sólo podía tener una vida rota y hecha añicos. Así nacen los tres tiempos en que se dispersa o se realiza la vida del hombre: el pasado, el presente y el futuro. Estas tres partes o fragmentos de la vida y del tiempo —también de la historia— no se tiene ninguna unidad en sí mismos. San Agustín ha hecho un análisis trágico de esta temporalidad fraccionaria en que vive sumergido el hombre, llegando a la conclusión de que estos fragmentos son fantasmales, carentes de toda solidez. Incluso llega a afirmar que no existen. El pasado ya no existe; el futuro todavía no existe; el presente es un punto tan sutil entre los dos fragmentos que no puede asirse por falta de consistencia. Es un instante muy corto: es el *punctum temporis*, en la geometría del tiempo y del espacio¹.

Nuestra vida se compone de hilos rotos, que no admiten compostura ni reparación. De este modo llegamos a una concepción de la existencia, según la cual estamos reducidos a un flujo permanente, en que vamos devorando tiempos que, a su vez, nos devoran a nosotros. *Deuorans tempora, deuoratus temporalibus*², se definía a sí mismo Agustín, en su época de dispersión y desgarró permanente.

1 Todo el libro 11 de las *Confesiones* de san Agustín es un precioso tratado filosófico del tiempo. El pensador de Hipona trata de exponer unas reflexiones metafísicas acerca de la sucesión de los momentos: pasado, presente y futuro. «¿Quién podrá escrutar este abismo inescrutable de haber creado Dios en el tiempo al hombre temporal, no como consecuencia de un movimiento sobrevenido a su voluntad?», nos dice en otro lugar, cf. *De civit. Dei* 12, 14 PL 41, 362.

2 En estas palabras de Agustín podemos descubrir, sin dificultad, una alusión directa al mito de Cronos. Como se sabe, Cronos, hijo de Ouranos y de Gaia, pertenece a la primera generación divina, la que es anterior a Zeus y los dioses del Olimpo. Ayudó a su madre a vengarse de su marido. Casado con su hermana Rhea, ante la predicción de su padre que moriría a manos de alguno de sus hijos, en el

Si no tuviéramos, durante nuestra travesía, alguna luz celestial, nuestras vidas serían las más tristes. Serían ríos que pasan y entran absorbidos en el abismo insondable del mar. Pero afortunadamente la luz vino del cielo y convirtió nuestra existencia enigmática en un viaje alegre de peregrinación con un rumbo fijo. En la comparación de la ciudad de Dios con la noche oscura de san Juan de la Cruz³, las tinieblas envuelven el proceso de la historia, pero Cristo es siempre la lámpara universal que está a la vista de todos los que quieren recibir su luz.

Cristo, con su venida al mundo, ilumina todo el proceso de la vida y del tiempo, con la luz de un principio, un medio y un fin, que constituyen la esencia de la historia. La sabiduría, aun con las más sublimes elevaciones de su especulación y los mejores aciertos de su genio, no logró el conocimiento de este principio, de este medio y de este fin. Por eso, no tuvo ni pudo crear una historia verdadera del hombre, ni imaginar la formación de una conciencia histórica y sentimiento del destino humano.

«Ni Platón, ni Aristóteles tenían noción alguna de *lo histórico*. Y es que los griegos tenían una percepción artística del mundo; era el cosmos acabado y armónico. Los más destacados pensadores de la Grecia antigua, incluso aquellos que tradujeron con más vigor el espíritu helénico, conceptuaban el universo desde un punto de vista estático, con un espíritu contemplativo aplicado a un cosmos armónico, de ritmo acompasado. El mismo espíritu se revela en todos los pensadores griegos, que no habían alcanzado el profundo significado del proceso histórico. Para ellos, el proceso histórico no había tenido principio, ni tenía fin: en él todo se repite, como si girase en un inmenso círculo vicioso. Este concepto cíclico del proceso histórico es muy propio de toda la ideología griega. La conciencia helénica siempre se había dirigido hacia el pasado, y no hacia el futuro, hacia ese futuro que, en realidad, representa el centro de la Historia y que nos conduce hacia la resolución del proceso histórico»⁴.

Será el pueblo hebrero el que posea una visión esencialmente histórica, con la conciencia clara de un destino universal, que se inserta en la metafísica de la historia. Y será luego el cristianismo el que herede de la concepción hebrea, abandonando la aportación helénica, unas nuevas categorías supraterrénas y supratemporales, con las que

momento de nacer los devoraba. Su esposa, entristecida al no tener hijos, le engañó en el nacimiento de Zeus, y en lugar de éste colocó una piedra que arregló como si fuera su hijo. Cronos, según su costumbre devoró la piedra, la cual provocó el vómito de todos los hijos devorados anteriormente. Entre todos éstos declararon la guerra contra Cronos que fue derrotado por sus hijos. Sobre este mito de la religión griega cf. M. Mayer, 'Kronos', en el *Lexikon* de Roscher; M. Pohlenz, 'Kronos', en *RE* de Pauly-Wissowa; K. Marot, 'Kronos und die Titanen', en *S.M.S.R.* 8 (1932) pp. 48-82; 189-214. Las referencias en la literatura clásica son abundantísimas.

3 Cf. Nazario de santa Teresa, 'La Ciudad de Dios, filosofía de la mística', *Estudios sobre la «Ciudad de Dios»* vol. II (San Lorenzo de El Escorial 1954) pp. 163-87.

4 N. Berdiaeff, *El sentido de la historia. Ensayo filosófico sobre los destinos de la Humanidad*. Versión española (Barcelona 1936) pp. 36-37. «Por muy importante que sea el espíritu de Grecia antigua y por hondo que sea el espíritu de la India, nunca llegaron a adquirir el carácter propio del pueblo hebreo», *Ibid.*, p. 97.

se puede explicar la existencia y supervivencia del hombre. La concepción hebrea y luego la cristiana —acordes en este punto— han establecido una distinción tajante entre los «fenómenos» y el «noúmeno» de la historia.

Como señala el citado Berdiaeff, «la historia de los hebreos no es un fenómeno solamente; es también un noúmeno, en el sentido especial que ya he indicado al señalar la oposición entre el fenómeno y el noúmeno en la Historia. Es decir, en lo histórico aparecen no solamente los hechos 'exteriores', aparentes, sino también puede presentarse un noúmeno, es decir, la esencia misma de la existencia. Esta es, precisamente la particularidad del destino del pueblo hebreo, cuyos avatares nos parecen inexplicables, tanto por lo que se refiere a su destino precristiano, como al de la época cristiana actual»⁵.

Ahora bien, el noúmeno del pueblo hebreo y, más tarde, el noúmeno del pueblo cristiano nace de la realidad de su destino histórico relacionado con el anuncio del Mesías y con la realización de esa profecía en el nacimiento de Cristo. El mesianismo determinó el dramatismo histórico del pueblo hebreo en toda su larga vida que no fue otra cosa sino un suspiro esperanzador en el futuro Mesías, cuya llegada iba a cambiar la faz del mundo.

Y esa espera angustiada tuvo su cumplida realización con la venida del verdadero Mesías. Llegó su espíritu y renovó la faz de la tierra. Dio un nuevo contenido a la acción histórica de los hombres y recogió en sí los fragmentos de todos los tiempos, para unirlos en una verdadera presencia en la historia universal, que de ese modo se convierte en una metafísica cristiana. Hay una íntima relación entre esos dos fragmentos de la historia que se unen en el momento de la encarnación. Nos dice san Agustín: «Los primeros tiempos de la Iglesia, antes del parto de la Virgen conocieron una generación de santos que esperaban anhelantes la venida de su encarnación; en cambio los tiempos en que vivimos, desde el momento de su ascensión al cielo, están produciendo series de santos que suspiran por la manifestación en su venida, para juzgar a vivos y muertos»⁶.

En la unión hipostática del Verbo se realiza la condición esencial para la construcción de la verdadera historia, que es la existencia de una divinización de la humanidad o una «Deo-Humanidad». El proceso de fusión, de los fragmentos temporales de nuestra existencia presupone un encuentro profundo y también una estrechísima correlación entre la Divinidad y el hombre, entre el destino divino o los designios de Dios y la misteriosa e incognoscible libertad humana.

En este aspecto es notable la meditación cristológica de Agustín sobre el milagro de las bodas de Caná, con la transformación del agua en vino. En la doctrina agustiniana lo que Cristo cambió realmente en aquella ocasión fue la historia misma, y transformó el quehacer de los hombres en la nueva existencia. Creó vino nuevo, el nuevo amor, que apareció como el nuevo noúmeno de la historia.

5 N. Berdiaeff, *op. cit.*, pp 95-98.

6 *Enarr. in ps.* 118, 20, 1 *PL* 37, 1557.

Las seis ánforas de agua le dieron materia simbólica para su concepción de las seis edades de la Historia, que dan la síntesis de la historia universal. He aquí el comentario agustiniano:

«Fijad la atención en lo que él dice: *Todo lo que está escrito en la Ley, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí*. Sabemos desde qué tiempo arranca la narración de la Ley, esto es desde el principio del mundo: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*. Desde entonces hasta el presente son seis las edades como frecuentemente se dice y lo sabéis. La primera edad se extiende desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abrahán; la tercera, según el orden que hace el evangelista Mateo, desde Abrahán hasta David; la cuarta desde David hasta la transmigración de Babilonia; la quinta desde la transmigración de Babilonia hasta Juan Bautista; y la sexta, desde Juan Bautista hasta el fin del mundo. Por eso el sexto día hizo Dios al hombre a su imagen. Pues en esta edad se muestra por el evangelio la reformación de nuestra mente, según la imagen del que la creó.

El agua se convierte en vino, y saboreamos a Cristo revelado ya en la Ley y en los Profetas. Era ésta la razón de haber allí seis hidrias, que él ordenó llenasen de agua. Las seis hidrias significaban las seis edades del mundo en que no faltó la profecía. Aquellos seis tiempos repartidos y divididos en otros tantos momentos distintos, son como vasijas vacías si no las llenara Cristo. ¿Por qué dije: *tiempos que correrían vacíos de sentido, si no se predicara en ellos a Cristo*? Las profecías se cumplieron. Llenas están de agua las hidrias. Pero, para que el agua se convierta en vino, se tiene que ver a Cristo en aquellas profecías»⁷.

El hombre es la medida de la sociedad y con ello de la Historia, ha escrito también Agustín⁸. De aquí que divida la historia, como la vida humana, en tres grandes períodos: infancia, juventud y madurez⁹. Y cada una de estas tres grandes épocas históricas se dividen en otras dos, haciéndolas coincidir de esa manera con los seis días del Génesis, que preceden al sábado eterno. Esta doctrina de las seis edades fue familiar en el Cristianismo primitivo y, de modo especial, en el pensador africano¹⁰. En el fondo, esa doctrina era como una clave histórica para entender el proceso de los tiempos, que no corren en vano, sino que van dirigidos por una sabiduría y providencia divinas.

En realidad lo que da sentido al curso de los tiempos y de la historia es Cristo, que llena todo el proceso de la historia y da valor al tiempo con un principio, un medio y un fin. Efectivamente, ningún proceso puede entenderse sin estos tres elementos, que nos dan a conocer el origen de donde viene el hombre, el curso con que avanza la historia, y la meta final a donde se dirige la humanidad.

⁷ *In evang. lo.* 9, 6 PL 36, 1461.

⁸ Cf. *De civit. Dei* 4, 3 PL 41, 114.

⁹ Cf. *De civit. Dei* 10, 14 PL 41, 292.

¹⁰ La comparación del curso de la historia con las edades del mundo es muy frecuente en san Agustín. Entre otros lugares, pueden verse *De div. quaest.* 83, 58, 3 PL 40, 42-44; *De Gen. c. man.* 1, 22-24 PL 34, 189-94; *De vera rel.* 26-27 PL 34, 143-44.

La concepción agustiniana de la humanidad, dentro de la historia de la salvación, se opone radicalmente a lo que ha podido llamarse «el mito del eterno retorno», hallazgo del que tanto se alegraba Nietzsche, aunque en realidad la civilización griega pudo expresarse enteramente a sí misma con dicho mito, en frase de A. Tilgher¹¹. Y un gran historiador de las religiones ha podido afirmar que «la creencia en un tiempo cíclico, en el eterno retorno, en la destrucción periódica del universo y de la humanidad, que preceden a un nuevo universo y a una humanidad regenerada, atestiguan ante todo el deseo y la esperanza de una regeneración periódica del tiempo transcurrido en la historia»¹². A los tres elementos que constituyen un ciclo cósmico: una creación, una existencia y un retorno al caos, opone la concepción agustiniana otros tres elementos constitutivos de la historia: el principio, el medio y el fin, o en otros términos: creación, redención y juicio final.

El conocimiento del principio, del medio y del fin, ha escrito el P. Capánaga, es la médula de la sabiduría cristiana, y por dicho conocimiento se opone el Cristianismo no sólo a la antigüedad clásica y a las filosofías orientales, partidarias del retorno cíclico, sino también a la cultura moderna que desconoce igualmente las tres cosas y renueva el ideal del movimiento sin meta, de la acción pura, desligada del descanso de la contemplación y sujeta a la rueda sin fin de una existencia trabajosa¹³.

En la concepción de san Agustín del tiempo y de la historia Cristo asume su inmensa responsabilidad para iluminar toda la existencia humana. Sin él todo es tinieblas y caos. Sin él todos los momentos de la existencia se convierten en estados intermedios, sin conexión con un principio y un fin. Sin la presencia de Cristo en la historia, nuestra existencia no pasa de ser una fuga vertiginosa de los seres que caen en un oscuro laberinto y en un caos profundo, devorador de todos. No existe lo pasado, ni lo por venir, como solución clara de lo eterno, sino sólo el presente temporal, que no se puede tampoco asir ni detener un momento.

Los grandes ideales de la vida humana, sin Cristo, no pasarían de ser meras ilusiones engañosas, y las más nobles finalidades de los hombres sin Cristo se reducirían a simples medios fugaces, luces fatuas que nada iluminan. Se cumple el dicho de Agustín: «Sin Cristo todos los tiempos correrían en vano», es decir aquellos seis tiempos, repartidos y divididos en otros tantos momentos distintos, son como vasijas vacías si no las llenara Cristo¹⁴.

Cristo es el principio arquetipo, el mediador o redentor y el futuro absoluto del destino humano o patria definitiva de la humanidad. Cristo forma parte de la protología o comienzo de las cosas y de los hombres,

11 Cf. *La visione greca della vita* (Roma 1926) p. 21.

12 M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, Trad. de Medinaveitia (Madrid 1954) p. 382. Véase del mismo autor *El mito del eterno retorno*.

13 'Los ciclos cósmicos en la *Ciudad de Dios*', en *Estudios sobre la «Ciudad de Dios»* (El Escorial 1955) vol. II, p. 102.

14 *Enar. in ps. 9, 6 PL 36, 1461*.

como creador y causa ejemplar del mundo. Sin él nada se hizo de cuanto se hizo. Es él la vida y la luz de los hombres. El es el mediador de salvación para los hombres, y la meta escatológica de todos, razón del premio y de la condenación eterna de la humanidad¹⁵.

En Cristo se encarna la noción salvífica universal de Dios, que da sentido a la historia. Por eso Cristo sostiene el mundo en sus manos, y todo lo que hay de progreso real en el universo se debe a su potencia, a su sabiduría y a su bondad.

Como repite Agustín, las seis edades del mundo, como las seis ánforas de las bodas de Caná, están llenas del vino maravilloso de Cristo. Desde que se inició la historia, con Adán y Eva, comenzó a alborear la esperanza de toda la humanidad como un suspiro universal que recorrería e iluminaría todas las edades, desde Adán hasta Juan el Bautista. Todo el pasado de la historia, en sus momentos más trágicos o más excelsos fue un suspiro e invocación ardiente del Mesías, de un Libertador que había de venir a rescatar al mundo y devolverle la alegría de vivir.

En este sentido, el pueblo de Israel adquiere un relieve histórico único, que todavía no ha perdido su interés. El se hizo objeto de una historia divina y de un destino eterno, cuya luz era Cristo en quien se encarnaba la metafísica de la historia y que sustentaba en su propia persona todo el curso de los tiempos¹⁶.

A veces se ha podido echar en cara a san Agustín que carga demasiado el acento sobre el futuro, debilitando el *nunc praesens*, el tiempo presente o lo que Duchrow llama la metafísica de lo presente, *Praesens-metaphysik*¹⁷. Y es que para san Agustín el *nunc praesens* no tiene una entidad física independiente, sino que es una realidad metafísica en que se hace presente la obra salvífica de Dios. Y en ese sentido, al decir del P. Capánaga, la *Praesensmetaphysik* se hace *Christusmetaphysik* por la acción ininterrumpida de Cristo en la historia¹⁸. Y como dice el pensador africano *Christus factus est temporalis ut nos homines aeternos faceret*¹⁹, es decir el tiempo se ha aliado con la eternidad en virtud de la temporalidad adquirida por Cristo.

Y en virtud de esta presencia de Cristo en la historia y en el tiempo, el pueblo hebreo adquiere un relieve especial mediante el anuncio del Mesías, hecho en el alba misma de la historia, y convertido en la *substantia populi Israel*, en frase agustiniana. La esperanza en el Mesías fue como la substancia del corazón de Israel, porque Cristo subyacía bajo todos los símbolos proféticos, al lado de los sacrificios y en las sombras de la ley mosaica que se vería cumplida por la gracia redentora del Mesías.

Los profetas hebreos fueron los sabios, los filósofos y los moralistas

15 Tal es la doctrina de san Juan, expresa en el prólogo de su evangelio.

16 Véase a este respecto todo el capítulo V, «El destino del pueblo hebreo y del hebraísmo», de la citada obra de Berdiaeff, pp. 95-119.

17 Cf. *Christenheit und Weltverantwortung. Traditionsgeschichte und systematische Struktur der Zweireichelehre* (Stuttgart 1970).

18 Cf. Introducción a *La Ciudad de Dios* (Ed. BAC, Madrid 1978) p. 48*.

19 *In epist. Io. 2, 10 PL 35, 1894.*

de Israel, que anunciaron la misma realidad celestial, latente en las esperanzas del pueblo, realidad celestial y profunda que iluminaba las relaciones de los hombres con Dios y daba sentido al curso mismo de la historia, en cuyo seno había de surgir el verdadero principio de la vida nueva. Todo el pasado de la historia del pueblo hebreo estuvo vinculado por la esperanza del Mesías, que constituía la entraña más profunda y la substancia misma de su propia vida.

La venida del Mesías, anunciado en las cinco edades de la historia hebrea, convirtió el agua de las ánforas en vino celestial. El pueblo hebreo preparó la materia para el vino milagroso. De aquí su importancia histórica y su prestación riquísima al Cristianismo. En la mente de san Agustín, agua limpia eran todas las leyes, todos los sacrificios y todas las profecías del Antiguo Testamento. Y todo eso recibió de la palabra de Cristo un sentido nuevo y espiritual. Las ánforas del Antiguo Testamento se llenaron de Cristo y adquirieron una nueva significación y un mensaje nuevo, relacionado con Cristo. De aquí el valor del simbolismo religioso de la Escritura, donde, según san Agustín, todas las páginas insinúan a Cristo y su mensaje de amor al mundo.

Con Cristo, pues, comienza la sexta edad del mundo y en ella se logra el máximo progreso humano, porque en ella los hombres se convierten en hijos de Dios. Esta nueva realidad celestial es la cumbre de toda transformación, la meta de todo progreso, frente al cual poco significan los progresos puramente humanos, como la invención del teléfono, o de la televisión, o la llegada a la luna. Con estos progresos notables el hombre terrenal no sale de su elemento terreno, mientras los que se hacen hijos de Dios por la gracia de Cristo se deifican²⁰ con la máxima cantidad de ser y dignidad que se puede adquirir. Así Cristo es el mediador de la historia, el que le dio el impulso mayor en lo que se refiere al progreso de los hombres. Cristo podría ser, acomodando una frase de san Agustín *praesens de praeteritis, praesens de praesentibus, praesens de futuris*²¹.

Cristo se convierte en el eslabón que da unidad y realidad al pasado y al futuro, en virtud de su esencial presencia en la mente de Dios. Así los tiempos con Cristo no corren en vano, porque en él se logra el verdadero fin de la historia que es salvar a los hijos de Adán. Mientras el principio salvífico de la voluntad divina se cumple en la tierra, el mundo subsiste con razón. Cristo da continuidad y unidad a la historia, pues sin la realidad fundante de Cristo el tiempo no sería más que un chisporroteo de centellas que en su instante se encienden y se apagan.

El cristianismo significa la presencia de Cristo en los tiempos dando sentido al curso de la historia²². El despertó en el mundo una nueva

20 Cf. V. Capánaga, 'La deificación en la soteriología agustiniana', en *AVGVSTINVS MAGISTER. Congrès International Augustinien, Paris 21-24 sept. 1954 (Paris 1954)* pp. 745-54.

21 *Confes.* 11, 20, 26.

22 «El concepto fundamental de la filosofía de la historia, según el punto de vista de la nueva conciencia humana que principia con el Cristianismo, es el hecho de situarse todo el progreso universal bajo un nuevo signo, bajo el signo del nuevo Adán, de Jesucristo. Comienza una nueva era para la conciencia histórica y para la

conciencia de las relaciones humanas, y propugnó el pleno significado de la parentela humana con Dios, barruntada por los mejores filósofos de Grecia. Nace con el cristianismo una nueva historia, la historia divina del mundo, realizada por hombres, que han dejado de ser hombres o, mejor todavía, que han alcanzado su perfección humana al convertirse en *divinae consortes naturae*²³, partícipes de la naturaleza divina por la caridad y fraternidad universal.

La gran novedad, aportada por el Cristianismo, es la libertad espiritual, es decir el amor. Un amor libre y generoso creó el mundo para revelar al hombre la hermosura divina, acortando así la distancia infinita entre criatura y Creador. Y en el mundo creado apareció el amor libre de las criaturas racionales para que con su propio movimiento se adhiriesen a Dios. Así el universo de la mecánica y de la necesidad de los antiguos filósofos se transformó en el universo del espíritu, revelado por el Cristianismo, donde el amor tiene la última palabra, pues él mueve, según la admirable concepción de Dante, el sol y las estrellas:

L'amor che muove il Sole e l'altre stelle.

«Solamente el Cristianismo, observa Berdiaeff, logró al hombre aquella libertad espiritual, que había perdido mientras se hallaba en poder de los demonios, de los espíritus de la naturaleza y de las potencias naturales, ya que ésta fue la situación en el mundo precristiano. Aquí reside lo más esencial del Cristianismo, es decir: en la liberación del hombre, en la resolución libre del destino humano. Tal es el profundísimo significado de la redención»²⁴.

La nueva Historia que Cristo introduce en el mundo es de redención y de hombres redimidos. Así el tiempo se inserta de modo admirable y profundo en la eternidad²⁵, porque la redención es obra del Eterno y para la eternidad. El misterio de la redención devuelve su dignidad y su sentido al tiempo. Por obra de Cristo subsisten los tiempos y se llenan de contenido divino. Es decir, en frase agustiniana, «las ánforas vacías se llenan de vino celestial»²⁶. Contenido maravilloso que recibirá su plenitud en el futuro, cuando el ser humano pierda su carácter temporal para revestirse de inmortalidad en la resurrección y mediante la gracia de Cristo.

Así la protología, la messología y la escatología —el pasado, el presente y el porvenir— toman su luz y su gloria de Cristo, principio, medio y fin de todas las cosas. Cristo creó una nueva personalidad humana en el tiempo, rescatando a los hijos del antiguo Adán de sus esclavitudes y servidumbres y comunicando a los nuevos hijos la libertad del amor en el servicio: *servire liberaliter Deo*. Con esta transformación, los hombres adquieren un valor inapreciable mediante la

concepción de su esencia y de su significado», Berdiaeff, *El sentido de la historia*, pp. 93-94.

²³ 2 Pe 1, 4.

²⁴ Berdiaeff, *El sentido de la historia*, pp. 128-29.

²⁵ Cf. A. Luneau, *Histoire du salut chez les Pères de l'Eglise. La doctrine des Ages du monde* (Paris 1964). Cf. N. Berdiaeff, *op. cit.*, pp. 74-75.

²⁶ *Enarr. in ps.* 9, 7, PL 36, 119.

imagen que Cristo imprime en ellos. Salvar el alma es lo más grande que el hombre puede realizar en el tiempo para la eternidad.

Este valor de la personalidad redimida produce un efecto maravilloso en el tiempo: la presencia de Cristo en la historia y en el tiempo, porque los cristianos forman, en el tiempo, el Cuerpo místico de Cristo. Por aquí lo eterno se inserta en el tiempo, dándole un valor supremo. Los cristianos, perdidos en medio de la ambigüedad del mundo, dan a éste su sentido y razón de ser. Sin Cristo y los cristianos, que forman su Cuerpo total²⁷, el mundo no tendría razón de ser. La presencia o mejor la acción presente de Cristo, que salva, libera y ennoblece a los hombres, llena de sentido la historia de todos los tiempos. Todo acontecer humano y temporal está grávido de un sentido escatológico y eterno sobrenatural, pues los hombres caminan por lo temporal a lo eterno.

El Concilio Vaticano II dice en una de sus actas: «La evangelización de los pobres se da como un signo de la obra mesiánica»²⁸. Es decir de la presencia actuante y liberante del Mesías. Como otras tantas obras que se realizan en la Iglesia, dicha evangelización es un signo más de la misma actuación.

Así el hijo de la Iglesia debe acostumbrarse a ver, a discernir y a comprender esta presencia de Cristo en el acontecer humano de cada día. Esta presencia luminosa de Cristo es la razón de ser de todos los tiempos, según indicaba san Agustín, el cual asociaba precisamente el valor del tiempo y de la historia con la predicación mesiánica: *Tempora inaniter current, nisi in eis Dominus noster Iesus Christus praedicaretur*²⁹.

A esta predicación de Cristo, que es a la vez la resonancia de su palabra liberadora en el mundo, debe su existencia y consistencia la historia. La palabra de Cristo que hizo el mundo³⁰ le da igualmente subsistencia y valor de permanencia. La protología y la messología se enlazan aquí de nuevo para hacernos comprender la historia.

Cristo, pues, da una presencia nueva, es decir, un rostro a la historia. Este rostro es el Dios-amor de san Juan³¹. Rostro de bondad, que puede verse todavía en el mundo, es un resplandor de la gloria del Padre, reflejada en su hijo, Cristo.

Lo que llama el salmista «Buscar el rostro de Dios» nos invita a rastrear en los acontecimientos de la historia los signos divinos de la obra mesiánica, aunque sólo podremos barruntar y expresar en forma insuficiente la presencia del Mesías de todos los tiempos, que es a la vez el señor de los tiempos y de la eternidad, del tiempo y de la historia.

La presencia y el ejemplo de Cristo en la historia hace de su doctrina una religión admirable, especialmente porque es la religión de la resurrección y del amor, porque no admite la muerte, ni el aniquila-

27 Cf. José Zameza, *La conversión del mundo infiel en la concepción del «Totus Christus» de san Agustín* (Burgos 1942).

28 *Presbyterorum ordinis* 6, 3.

29 *Enarr. in ps.* 9, 6 PL 36, 119.

30 *Omnia per ipsum facta sunt*, nos dice Juan en el prólogo de su evangelio.

31 *I Jn* 4, 8.

miento, porque en él tiende a revivir todo lo realmente existente, y porque el hombre es capaz de amar y servir con libertad. Toda la realidad histórica, en el seno de la existencia humana, en los fragmentos del tiempo humano, cuyo pasado nos parece muerto y cuyo futuro se nos antoja aún inexistente, mientras nos hallamos como devorados por los momentos de un presente incierto y fragmentado, adquiere en Cristo un sentido agonístico y de lucha.

La concepción agustiniana de una metafísica de la Historia deja bien sentado que «lo histórico» posee raíces muy hondas en lo eterno. La historia, para san Agustín, no es un deshecho arrojado a la superficie del proceso universal, carente de relación con los fundamentos de la existencia. La historia es necesaria a la eternidad, es necesaria al drama que se desarrolla en lo eterno. La historia en el tiempo es nada menos que una profundísima reciprocidad entre la eternidad y el tiempo, una continua irrupción de aquella en éste, una fusión de la humanidad y la divinidad en la persona de Cristo, misterio del tiempo y de la historia, y expresión de la eternidad.

JOSE OROZ RETA